

Sánchez no escatima su admiración por la forma cómo el norteamericano concibe la vida: su heroísmo sin estrépito, su alegría sin distinción de edades, sus ansias de cultura, su libertad de expresión, su respeto a la personalidad, su ausencia total de temor a la muerte, por la cual no se tiene ese culto tan tétrico y macabro que vemos en Sudamérica, etc. Y así, encontramos en este libro de Luis Alberto Sánchez informaciones y observaciones muy interesantes sobre la realidad y el espíritu de Norteamérica, país en el que se está forjando un destino mejor para el hombre.—MILTON ROSSEL.



AZUL DEL SUR, Novela por Guillermo Koenenkampf. Santiago, Orbe, 1943

En esta novela, Guillermo Koenenkampf, confirma su interesante personalidad de escritor sincero que no se preocupa de hacerle concesiones al lector, sino más bien de expresar lo que está latiendo en su sensibilidad. Su novela, sólo en parte es la historia de algunas vidas, pues el principal objeto de ella es reflejar un estado de alma. Dar la sensación de lo que es por dentro un hombre que vive más aferrado al ensueño que a la realidad, sin desdeñar por cierto esa realidad que es la raíz humana de su existencia y de su impulso vital que busca en los vericuetos de la imaginación, la manera de justificar su manera de ser.

Artísticamente, o quien sabe, si más bien, mirada desde un punto de vista puramente personal, podrán hacerse algunos reparos a esta novela. Mas, quien los haga, no puede olvidar que el escritor al exteriorizar de este modo su inquietud, obedece a una necesidad interna y en consecuencia describe a un tipo humano cuya condición no puede ser exclusiva al que lo creó. No serán muchos los que sientan a la manera de Proust, por ejemplo, pero no por eso podrá decirse que su manera de

concebir y realizar el arte es absurda. Es nada más que una modalidad humana. La expresión de un carácter. Y al entregarse lealmente al juicio público, revelando esa zona íntima, que cada ser humano lleva en sí, el escritor demuestra que no está dispuesto a falsearse, sino a pintar su realidad, como la siente y la ve él. Y esto tiene un interés artístico y humano, a la vez, que ni siquiera es posible discutir.

Hay veces en que se piensa: ¿qué razón hubo para que un novelista tome a un tipo sin interés aparente para narrar la vida obscura y sin relieve que hizo? Ahí está precisamente la gracia. Recordamos en este momento una novela de Julien Green: «Adrienne Mesurat». No es sino la vida de una pobre muchacha que vive en provincias, reclusa en el estrecho y sórdido ambiente de la maledicencia pueblerina. Esa mujer no hace nada. Se enamora de un hombre que ve pasar por la calle. Y ese hombre es casi viejo y enfermo a tal extremo que ni siquiera puede pensar en amar. Pero la muchacha vive su obsesión hasta el extremo de volverse loca. Esa es toda la existencia del personaje. Lo demás lo puso el autor.

En la novela de Koenenkampf, hay un personaje de gran interés. Es el alma de esa ciudad que describe con expresivo acierto. Esa ciudad azotada por la lluvia y por el viento que vive su existencia tendida a la orilla de su río por donde van y vienen los vaporcitos, que ayudan a darle un encanto pintoresco de singular colorido. Vemos esa calle Barazarte, donde el viento y la lluvia bate los paraguas y las capas de la gente que entra y sale de las cervecerías y de los pequeños hoteles. Y allí se toma un trago y otro y se come durante todo el día, en cada ocasión que es posible. De otro modo, ¿cómo se podría mantener el calor en un clima como ese?

Y es por allí donde Gil Hildebrando, ve pasar una hermosa muchacha de ojos azules, Azules como los retazos de cielo que las nubes dejan ver a ratos; como el río que envuelve a la ciudad, o como las violetas o jacintos de los húmedos jardines

australes. Esa chiquilla es el incentivo de aquellos dos muchachos que sueñan con el amor. Nunca la conocen ni hablan con ella por más que don Fabricio Pulido, un amigo, les dice que él puede presentársela. Tampoco hace falta ese conocimiento que restará al relato su hálito de poesía.

Donde no hay conocimiento vivo y concreto no puede haber amor. En Gil Hildebrando, no lo hay. Es sólo una ilusión que acaricia su inquietud. Y que le sirve además, para tejer fantasías con su amigo Lapaille. Y en Lapaille está el drama sutil de la novela de Koenenkampf. Es el hombre bueno que entrega su corazón entero y noble a aquella muchacha hija del hotelero, que después lo desdeña. Lapaille no se queja de su desventura. Sigue siendo el excelente amigo de siempre. Hasta que un día hace crisis su tormento interior. Gil Hildebrando se lleva de la lluviosa ciudad austral una bella ilusión de poeta: la imagen de la chica de los ojos azules, cuya fina cintura ciñe la lluvia y el viento. Y se lleva también a una mujer y el cariño de esta.

Hay una diferencia entre la fantasía y la realidad. Y los poetas no pueden vivir sólo de fantasías. Tienen que aferrarse desesperadamente a la realidad. Hasta cuando hacen novelas.—
LUIS DURAND.



PALABRAS. por *Stella Corvalán*

«Qué marea de rostros sobre mi playa inmóvil,
qué golpear incesante de las palabras idas;
cómo nos lleva el tiempo la encendida corola
y nos trae, en retorno, la semilla tranquila».

(«Playa inmóvil»).

Después de tanto y leer y trabajar dentro de la poesía femenina; después de tanto buscar, buceando dentro de esas le-